
Del amigo en su laberinto

TIBERIO ÁLVAREZ

Estoy en casa de Gabriel García Márquez. Apenas intuyo su mundo de personajes, fantasmas e historias intemporales. Aquí han estado presidentes, humanistas, amigos, pintores y escritores. Detrás, en la pared, cuelga un Botero con infanta regordeta. A mi derecha, quizá un Seurat. Al frente, en la penumbra de la sala está Obregón en autorretrato: Enigmático, enloquecido, afiebrado, sin oreja, con mostachos gigantes. El ojo derecho apagado o desaparecido. El izquierdo de un azul intenso que se aumenta con el haz de luz.

“Lo pintó en momento de dolor. Un día le vació el revólver. Ahí están las señales en cara y cuello. Uno de los disparos atravesó la pupila del ojo bueno. Una noche se apareció Obregón con pinceles y cambió el color de la pólvora por el azul inquietante”.

El piso es de ladrillo como corresponde a las casas aristocráticas de México.

“Era una ruina cuando la compré hace 17 años; poco a poco recobró su dignidad pero ahora que crecieron los hijos tuve la intención de venderla. No lo hice porque una de las mujeres del servicio me dijo con seriedad trascendente que no se podía vender porque aquí nos ganamos el Nobel...”

Nos recibe Carmen, la esposa, “esa señora que me invita de vez en cuando a cenar”. Tiene la gracia caribeña. Nos trae limonada natural. La acompaña una amiga de casa que vive sola desde que vino de Bogotá hace muchos años y no ha tenido el valor de regresar. La conversación es informal. Apenas nos reponemos del largo viaje de una hora por el enloquecido tráfico de la ciudad de México un viernes vespertino y de las precauciones del Maestro cuan-

do a través del común amigo Pedro Bejarano, su médico en tiempos de dolor, le dijo por teléfono: “Puedes venir con ellos antes de las ocho porque estoy invitado a cenar pero, ¿cuántos años tienen? no quiero viejos conmigo”. (Me deja pensativo la advertencia no por lo viejo sino por el sentido. Lo mismo piensan Bejarano y Germán Ochoa el ortopedista que trata dolores de la columna). Premonición de futuro recortado, impedimento para la creación literaria, miedo a los años por venir, ¿a la muerte?

El Maestro viste de blanco y negro, colores que contrastan con la cara quemada por el sol. Tiene magia. Es carismático.

“Practico frecuentemente el atletismo con un amigo mientras conversamos para que crean que hablamos de cosas importantes. De lo contrario es imposible por las fotos, las entrevistas, las declaraciones. No es fácil manejar estas situaciones. La única parte del mundo donde realmente me siento bien es en Cartagena. En la playa me saludan y respetan mi intimidad. Puedo manejar carro y vivir mi vida. Lo mismo pasa con mis hijos pero me da temor llevar a mis nietos. Creo que los pueden secuestrar o asesinar. No los quiero llevar”.

Está sentado a mi izquierda. Cuando sabe que procedo de Medellín agrega:

DOCTOR TIBERIO ÁLVAREZ ECHEVERRI, Médico Anestesiólogo y paliatológico, Medellín, Colombia.

"Me tienen prohibido ir allá. A Bogotá voy con frecuencia pero desde que llego al aeropuerto tengo guardaespaldas y metralletas. No quisiera tenerlos pero es asunto de economía. El presidente Gaviria dice que si me secuestran tiene que pagar el rescate. Me pide entonces que colabore".

El Maestro habla con conocimiento de causa. Es investigador acucioso. Conoce a muchos personajes. Habla de Bolívar, Julio César el emperador, Suetonio.

"Aquí vivió Arenas Betancur. Tiene ahora la figura de un monje de larga cabellera y cara enrojecida por el alcohol. Mejía Vallejo es un luchador de toda la vida que se mete de lleno en sus vivencias, al Guayaquil de Aire de Tango. Belisario, dedicado ahora a escribir prólogos de libros".

Trato de recordar alguna frase de sus libros o escena de sus guiones para demostrarle que he estado cerca de su obra sin ser gabólogo. Menciono la escena en una plaza de pueblo donde pasa un anciano en su jumento y unos muchachos le gritan:

"¡Vas para el cementerio!"

"Sí, ¡a acostarme con la mamá de ustedes!"

Es de la película Presagio. Y agrega:

"Escribo guiones. Tengo unos talleres sobre cine en los estudios Churubusco, aquí en México".

Se habla más de cine. Agregó que soy admirador de Chaplin pero no se pasa a más. Quizás sonrío cuando comento que el humor de las personas se conserva hasta el final. Buster Keaton, por ejemplo, cuando estaba enfermo se quedó quieto, como muerto con su cara de palo. El sobrino dijo que le tocaría los pies pues le habían dicho que cuando alguien moría se le enfriaban. Keaton contestó: "Excepto a Juana de Arco" (y murió).

Germán Ochoa le interroga sobre su salud. El Maestro sonrío.

"Estoy muy bien, no tengo problemas. Hace unos meses, en Bogotá, sentí que me faltaba el aire. Pensé que era la altura pero siguió la molestia. Fui donde el médico quien por rutina pidió unos exámenes que resultaron negativos; sin embargo, uno de los radiólogos notó una pequeña sombra en uno de los pulmones. Los exámenes e interconsultas posteriores confirmaron la sospecha. Fue dramático el momento de la verdad".

"Esto no está bueno. Puede ser cáncer y hay que proceder de inmediato", dijo.

"No me gustó tanta verdad. Ahora pienso diferente. Esta experiencia me marcó. Decidí operarme aunque no me sentía enfermo. Pensé que no sería capaz de enfrentar la situación. De todas maneras no es bueno el acercamiento al posible final. Todo es un ritual macabro desde el diagnóstico hasta el pronóstico pasando por la disciplina médica y hospitalaria. Pensé que la noche anterior a la operación no dormiría. Me despertó la enfermera encargada de la rasurada. Y ahí comienza el ceremonial pero ¡que conste que nunca estuve enfermo!".

García Márquez dijo alguna vez que su frustración como escritor era no poder escribir sobre su propia muerte.

"No quiero pensar en la muerte, en mi muerte. Es la negación de la vida, de las posibilidades, el fin de todo. No quisiera estar ahí cuando ello ocurra. La odio, la temo. No hablemos de eso, me pone mal".

Se habla de otras cosas pero se vuelve al mismo tema. La ocasión es una anécdota trágica.

"Cuando me recuperaba de la operación vino la terapeuta del tórax y todo anduvo bien hasta el momento de despedirse. En su lenguaje de miedo dice equivocadamente que al regresar no me despertará si me ve muerto...afortunadamente todo ha salido y continuado bien. Cada seis meses debo hacerme chequeos pero cuando se acerca la fecha me empieza un desasosiego del demonio que me obliga a ir a Bogotá antes de la fecha pactada. Cuando conozco los resultados renace la paz y me olvido de la amenaza. Por lo menos trato de no pensar en ella".

Veó bien al Maestro. El se siente bien y lo repite a cada instante.

"Nunca estuve mal. Bueno, los primeros meses fueron de mutismo y apagamiento, las ideas no brotaban, los personajes no llegaban pero ahora todo es movimiento y creatividad. No alcanzo a estar al orden del día".

Nos invita a conocer su refugio de fantasmas, su cielo Borgesiano. Para llegar a la biblioteca atravesamos puertas y un gran patio con el césped recortado. Impactan el orden, la blancura de la alfombra, la secretaria permanente, la temperatura constante de 23°C y los libros de diferentes tamaños, colores, temas, valores, empastamientos, tiempos y géneros. Es perfecto el orden temático. Impresiona ver tanto libro y sentir la hermandad de autores y personajes. Hay historia, novela, cine, biografías.

"Aquí trabajo de siete de la mañana a dos o tres de la tarde cuando vienen los amigos; por la noche trabajo otro rato".

Le pregunto si tiene el problema de la página en blanco.

"No tengo problemas. Esto es una disciplina. Cuando creo que he realizado la labor del día comienzo un poco la del siguiente de tal manera que al regresar ya los perfiles están definidos. Así se facilita el trabajo".

El escritorio es sencillo. Hay elementos de trabajo y libros de consulta. Mientras habla florea lentamente las hojas de computador ordenadas en libro:

"Es mi novela recién terminada lista para el editor: Del Amor y otros Demonios".

Al final me regala un ejemplar de la edición mejicana de los Doce Cuentos Peregrinos. Escribe la dedicatoria: Del amigo en su laberinto, Gabriel 93.

Nos despedimos hasta siempre. Ordena al chofer de casa que nos regrese al hotel. Mientras cubrimos el trayecto leo la dedicatoria y pienso en eso del amigo en su laberinto, los hilos de Ariadna y el lento trabajo de la muerte. Adelante el chofer habla de los diecisiete años con los García Márquez, de sus viajes por el mundo, de los personajes que lo visitan y de sus días tormentosos.

México DF octubre 22 de 1993

COMEDAL

Cooperativa Médica de Antioquia

Carrera 43 No. 49 - 58 - Piso 9 - A.A. 095029

Tels: 239 63 57 - 239 39 87 - Fax: 249 75 85

Medellín, Colombia